

INCORRECCIONES SOCIOLINGÜÍSTICAS DEL LENGUAJE POLÍTICAMENTE CORRECTO

Dra. Esther Morales- Cañadas



(Composición fotográfica de la autora)

Resumen

El lenguaje es uno de los bienes más ricos de la humanidad. Comenzó a existir junto con el ser humano y lo ha acompañado, hasta hoy, a través de la historia, adaptándose a sus necesidades sociales, espirituales y materiales.

En la actualidad luchamos por formar una sociedad en la que la igualdad y el respeto entre las personas -igual de qué género, procedencia o religión- sean los valores que rijan y, por consiguiente, las academias de la lengua de la mayoría de los países europeos se esfuerzan en generar nuevas palabras y expresiones para terminar con el llamado lenguaje sexista, ese en el que el género masculino, entre otras cosas, es el dominante en los plurales.

Esta bien intencionada tendencia nos está llevando a la exageración de las expresiones, a la degeneración y alienación de nuestras lenguas, perdiéndose el concepto lingüístico etimológico y olvidando que el lenguaje no es solamente una estructura, sino la expresión de una voz interior que puede ser tanto un sentimiento como una intención.

En esta artículo se tratan algunos aspectos del lenguaje políticamente correcto y se analizan las deformaciones gramaticales para constatar si esa radical transformación de la lengua tiene un sentido de ser o es simplemente una moda absurda.

Palabras clave

Lenguaje, expresiones, deformaciones.

Abstract

Language is one of humanity's richest assets. It came into existence together with human beings and has accompanied them throughout history, adapting to their social, spiritual and material needs.

Today we are striving for a society in which equality and respect between people - regardless of gender, background or religion - are the values that govern, and therefore the language academies of most European countries are striving to generate new words and expressions to put an end to so-called sexist language, in which the masculine gender, among other things, is dominant in plurals.

This well-intentioned trend is leading us to the exaggeration of expressions, to the degeneration and alienation of our languages, losing the etymological linguistic concept and forgetting that language is not only a structure, but the expression of an inner voice that can be both a feeling and an intention.

This article deals with some aspects of politically correct language and analyses grammatical deformations in order to ascertain whether this radical transformation of language has a sense of being or whether it is simply an absurd fashion.

Keywords

Language, expressions, deformations.

El lenguaje es uno de los bienes más ricos de la humanidad. Comenzó a existir junto con el ser humano y lo ha acompañado, hasta hoy, a través de la historia, adaptándose a sus necesidades sociales, espirituales y materiales. Es decir, es algo vivo que se ha ido desarrollando según por donde iba pasando y con qué otros substratos lingüísticos se haya topado. También ha ido creciendo en cuanto al vocabulario, a medida que surgían nuevos utensilios o se producían nuevos inventos. El intercambio entre los diferentes países del mundo ha hecho que muchos léxicos se hayan intercambiado e incluso hayan sustituidos a los originales.

La grafía de ese medio de comunicación también ha tenido su historia y su desarrollo. Desde las pinturas de Lascaux o de Altamira, pasando por la escritura cuneiforme de los sumerios, los jeroglíficos de los egipcios, y llegando a nuestras grafías actuales tan variadas, la escritura del lenguaje representa el mensaje global y simbólico de lo que pensamos, decimos con palabras o, simplemente, queremos dejar plasmado.

En la actualidad luchamos por formar una sociedad en la que la igualdad y el respeto entre las personas - igual de qué género, procedencia o religión- sean los valores que rijan y, por consiguiente, las academias de la lengua de la mayoría de los países europeos se esfuerzan en generar nuevas palabras y expresiones para terminar con el llamado lenguaje sexista, ese en que el género masculino, entre otras cosas, es el dominante en los plurales. Pues nuestra sociedad no está formada solamente por hombres o por personas. No, hay que diferenciar entre hombre y mujer, niño y niña, trabajador y trabajadora, etc. En este sentido habría que añadir, no obstante, otra enorme cantidad de peculiaridades que especifican los diferentes caracteres y formas del género humano y que sirven de riqueza a nuestra sociedad por la diversidad que lleva en sí.

Esta idea de cambiar el lenguaje tradicional en el llamado lenguaje “inclusivo” –en el que la mujer está incluida y “visibilizada”– surge a través del movimiento feminista de los años 60 en los que la mujer comienza a reclamar sus derechos de igualdad con respecto al hombre. A partir de ahí, se decidió que el lenguaje

políticamente correcto no puede ser: sexista, irrespetuoso o exclusivo. Y debe de ser: inclusivo, (sobre todo para las mujeres), respetuoso y no sexista.

Como mujer que soy, aunque no pertenezca al movimiento feminista, no voy a criticar un movimiento cuya primordial labor es la de situar a la mujer en el lugar que le pertenece. No obstante, no puedo aceptar todo lo que las feministas radicales piden o exigen ya que, por un lado, carece de lógica en muchas ocasiones, por otro, no cambia la situación de la mujer en la sociedad, sino que, por el contrario, crea un efecto de enemistad entre hombres y mujeres que no tendría que surgir. Al menos, yo soy de la idea de que con una guerra fundamentalista no se puede vencer a los fundamentalistas contrarios.

Cierto es que la mujer ha estado considerada como un ser de segunda categoría y, precisamente, se deja ver palpablemente en los textos bíblicos, y ya en el Génesis, al hablar de la Creación del hombre, se expone:

“Creó Dios al hombre a imagen suya... los creó varón y hembra”. (Génesis 1, 27).

Partiendo de la base de que el Creador es varón, se rectifica y se amplía la frase en:

...“ entonces Dios formó al hombre del lodo de la tierra, e inspiróle en el rostro un soplo de vida, y quedó hecho el hombre, ser con alma viviente...” (Génesis 2, 7).

Aquí se refiere solamente al varón. Al observar el Creador que el hombre se aburría miserablemente, le puso todos los animales y las plantas a su disposición, dándole incluso el derecho a darles nombres. Pero ni por esas se distraía Adán. Fue por ello por lo que el Creador siguió pensando cómo contentarlo y así prosiguen los siguientes versículos:

-no es bueno que el hombre esté solo, hagámosle ayuda que sea semejante a él. (Génesis 2, 18).

- y de la costilla que había sacado de Adán formó el Señor Dios una mujer; la cual puso delante de Adán (G.2, 22).

- Y dijo el hombre: esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne; llamarse ha, pues, varona, porque del varón ha sido sacada (G.2, 23).

Resumiendo: desde el comienzo de la humanidad, la sociedad ha considerado al hombre como el ser superior de la creación. Sólo él puede darle nombre a todo lo demás, incluso a la hembra, que la llama varona, o sea, un derivado de él, por tanto, no tan perfecto. Y aunque lo fuera: ¿se pueden imaginar qué difícil es poderse establecer en una sociedad siendo nuestro origen una simple costilla de un ser que aún no estaba intelectualmente desarrollado? Obviamente había que cambiar algo en la sociedad y ese cambio iba a tener lugar por parte de la mujer, de la varona o hembra que, con su tenacidad, ha sido capaz de ir demostrando que es tan superior y tan válida como el “primer hombre”.

En los tiempos antiguos, y a falta de intelectualidad, cada persona tenía su papel en la sociedad sin atraer con ello ningún problema psíquico. La mujer era el principal factor de sostenibilidad y el papel de madre no era algo deshonroso, sino todo lo contrario, lo más valioso de las sociedades. Por eso, las madres no tienen que aprender a amar a sus hijos, y sí, en cambio, los padres. Y esto ocurre igual en el mundo de los animales mamíferos.

Volviendo al tema de la biblia, fueron las llamadas “Sagradas Escrituras” las que vieron la primera revisión de su lenguaje. Por los años 80/90, feministas cristianas de Alemania reclamaron una revisión y una adaptación a lo que después se ha seguido llamando “lenguaje políticamente correcto”. El primer error, bajo mi punto de vista, es el querer deformar la historia de una época con una modernización lingüística. La sociedad de entonces en Israel y en otros pueblos primitivos era patriarcal. La idea judeocristiana de entonces colocaba a la mujer bajo el dominio del hombre y Dios permitía el adulterio, si la esposa no era fértil, como es el caso de Abraham y su esposa Sara. O sea, aunque modernicemos los textos bíblicos, ya no se pueden reivindicar los derechos de las mujeres de entonces que, por otro lado, acostumbradas a esas estructuras, posiblemente tampoco sintieran la necesidad de sublevarse contra los hombres.

Pero esta revisión lingüística llegó a mucho más. No pretendo meterme del todo en el tema, pero si mencionarles uno de los aspectos más simpáticos: La palabra “Espíritu Santo”. Las feministas reclamaron la feminidad de este léxico sin saber que el origen del tal había sido femenino.

La palabra “espíritu” es la traducción de la palabra hebrea femenina *ruach*, que significa aire, respiración, fuerza, refiriéndose a la presencia de Dios en las almas de los seres. A esta traducción siguió la griega de la palabra *pneuma*, con el mismo significado. Hubo discusiones teológicas y se reivindicó la asociación del llamado Espíritu Santo a ciertas deidades aladas femeninas. Todo absurdo, sobre todo, porque la representación pictórica es femenina: la paloma, y esta palabra es en la mayoría de los idiomas femenina: *die Taube, la colombe*, etc. Lo que podría extrañarnos es que los hombres no hubieran reclamado una masculinización de esa representación pictórica y hubieran querido usar los vocablos de, por ejemplo: *el palomo*.

Esta trascripción de la biblia se llamó: “Biblia en lenguaje correcto”. La primera publicación, después de muchas polémicas, tuvo lugar el 2006 en Frankfurt/Main y por parte de la iglesia protestante luterana. En ella no se permite decir Dios Padre, sino Dios Padre/Madre, ya que los hebreos no concebían a Dios definido por un género o sexo...yo creo que ningún creyente había pensado en ello. Tampoco se admite la palabra “Señor” y se opta por un término sexualmente neutral como: santidad, eternidad, Adonay...

Según la RAE, el significado de “correcto” se define así: *adj. Dicho del lenguaje, del estilo, del dibujo, etc.: Libre de errores o defectos, conforme a las reglas.*

Se supone que esa conformidad se refiere también a la idea primera del autor o autores, de la época y contexto históricos y de la traducción acertada. En este caso,

no hay ninguna conformidad y, por el contrario, trastorna la realidad, no solo del lenguaje, sino del mensaje histórico acercándolo a nuestra sociedad disfrazado de engaño. Es como si quisiéramos transformar la famosa novela de Miguel de Cervantes ahora en “La ingeniosa dama doña Quijota de la Mancha”.

Para mí, esa violación lingüística es comparable a la eliminación de los cuernos de las vacas... los niños actuales, es posible que no sepan que las vacas originalmente siempre tuvieron cuernos, pero que, ya al nacer, se los cortan en la actualidad con la excusa de evitar que se dañen entre sí- ¡cómo si los animales no supieran cómo sobrevivir! Lancemos simplemente, pues, la pregunta: ¿se trata de una corrección o de una incorrección?

Si bien se asegura que un lenguaje refleja el estilo de una sociedad y que, precisamente el lenguaje machista es la causa inequívoca de una sociedad machista, sacaríamos en conclusión que en las sociedades en que los genéricos son femeninos, la sociedad sería matriarcal, por ejemplo, en algunas lenguas caribeñas, en el quechu –en donde tenían harenes–, en el farsí o persa, etc., o bien que otras lenguas, como el magiar y tantas otras lenguas del oriente europeo y de Asia, que no tienen género, pertenecen a una sociedad absolutamente igualitaria, lo que no ocurre en la realidad.

Como todas las cosas que en los últimos tiempos se han puesto de moda, se llevan los conceptos y los principios a un extremo radical que no solucionan el problema real y que, por el contrario, nos llevan a ocasionar una guerra de sexos, entre otras cosas.

Por si alguien de ustedes no sabe bien de lo que va la cosa, quiero poner aquí una serie de frases que están consideradas como lenguaje sexista y junto a ellas, las soluciones dadas por los partidarios de un lenguaje anti-sexista o inclusivo:

Frases sexistas	Frases no sexistas
El ser humano se mantiene en constante evolución	La humanidad...
Los padres de José están de vacaciones	El padre y la madre...
Los esposos se han ido de viaje	El esposo y la esposa...
Los trabajadores han hecho huelga	Los trabajadores y las trabajadoras...
Los presidentes de la empresa se han reunido en una asamblea	El equipo presidencia.../ Los presidentes y las presidentes...
Los contribuyentes deben cancelar sus cuentas	Los contribuyentes y las contribuyentes...
Los que quieran más dinero tienen que trabajar más	Quienes quieran...
El que más da, más recibe	Quien más da...

A la hora de analizar un lenguaje, sin embargo, hay que tener en cuenta muy distintos aspectos: el primero de todos es el origen de este y la etimología de sus palabras, así como las formas gramaticales. Además: la diferencia entre el significante y el significado y la influencia del contexto en el significado:

Y, por último, y un aspecto muy importante: el sentido expresivo y la intención del hablante.

El lenguaje ha ido poniendo de manifiesto poco a poco y sin tantas extravagancias la inclusión de la participación de la mujer en la sociedad. Por ejemplo, por los años sesenta, en España no existía la palabra médica porque no había casi mujeres que ejercieran esa profesión. De forma casi espontánea y, a medida que más mujeres se decidían por estudiar medicina, ya en el lenguaje hablado se utilizaba la palabra “médica”. Por lo visto, hoy día, a las mujeres no les gusta que las llamen así, sino que prefieren que les digan “médico” porque así se sienten más valorizadas. Es indudable que, en principio, cuando la mujer comenzó a ejercer esta profesión, no lo tuvo fácil porque los pacientes (¡y *las patientas!*) dudaban de sus conocimientos. Pero, precisamente, en nuestra época en la que la mujer participa de todas las profesiones y tiene entrada en los ministerios, en la política y, prácticamente en todos los campos de trabajo, son muchos los nombres de las profesiones que se han ido feminizando, aunque, muchas veces, con grandes violaciones de la gramática española.

Vayamos por parte y comencemos por la **infancia**. En casi todos los países de habla española se exige que cuando uno se refiera a esos seres humanos cuya edad está comprendida entre 0 y 5 años se distinga entre niñas y niños. El origen etimológico de esta palabra, no obstante, no es totalmente claro. Algunos filólogos o lingüistas ven el origen del vocablo en la Edad Media y como una forma onomatopéyica del balbuceo del niño... o de la niña, ya que es la consonante “n” una de las primeras que emite el ser humano en su despertar a la vida. Por ello, a partir de esta época se utilizó también la palabra *menina* o *menino*, término que se adjudicaba a aquellos jóvenes, muchachas o muchachos, que entraban con temprana edad a servir en la corte real. (Recordemos el fabuloso cuadro de Velázquez: *Las meninas*”).

Si buscamos un sinónimo de niño, nos encontramos con la palabra *infante*, del latín: *infans-infantis*, que se refiere a un ser mudo, que no habla o que es incapaz de hablar. Y a todo lo referido a los niños se le suele llamar infantil, aclarando con ello que el “infantil” no tiene potestad, porque aún no se ha desarrollado lo suficiente como para valérselas por sí mismo. De igual modo, esta palabra se adecua a los hijos de reyes que no son príncipes, precisamente porque no tienen opción a regir ni a hablar en cuestiones de leyes.

Mientras que *infante* tiene un género explícito, es decir, que no determina el sexo del ser al que se refiere, diferenciamos los géneros sustituyéndolo por una palabra de origen onomatopéyico que es la palabra niño o niña. Sin embargo, tanto uno como otro tienen el mismo significado: un ser un tanto desvalido que debe ser cuidado por los adultos. De hecho, en otros idiomas, este significante es de género neutro, por ejemplo,

en alemán es *das Kind* ("lo niño"). Este uso es bastante lógico ya que cuando el niño –o la niña– nacen, aunque tengan sus órganos definidos, estos no han determinado todavía el sexo. Pues ninguna madre puede saber si su hijo o su hija va a ser homosexual. Por ello, considero absurdo que se haga tanto hincapié en significar a un ser del que todavía desconocemos su sexo social verdadero.

Desdoblamiento de los géneros.

Si seguimos con el desarrollo de las personas, encontramos, no obstante, que los géneros se van a ir desdoblando a medida que estas van creciendo. Por ejemplo, no se dice: *los chicos se fueron a tomar unas copas después de los exámenes*, sino que se determina también a las chicas: *las chicas y los chicos se fueron...* Esto no es nuevo, sino de siempre, es decir, la mujer no ha estado invisibilizada. Y si seguimos, encontramos que hay muchas otras palabras para los diferentes sexos: *yerno y nuera*; o para las que siempre existió la utilización del femenino: *¡Señoras y Señores, muy buenas tardes!*

También se desdoblan los géneros cuando hay que especificar alguna aclaración; por ejemplo; *las mujeres y los hombres de Andalucía gustan de usar trajes tradicionales*. (Si dijéramos solamente: *los hombres de Andalucía*, íbamos a sobrentender que solamente se refieren a los seres masculinos, igual que ocurriría en la frase anterior de *los chicos y las chicas*. Con ello quiero insistir en que desde hace mucho tiempo se ha "visibilizado" al ser femenino cuando ha hecho falta.)

Sustantivos colectivos.

Ahora bien, en español existen sustantivos colectivos que pueden ser tanto femeninos como masculinos: la humanidad, el hombre (como significante de ser humano y, por tanto, de mujer y hombre); la persona. Por consiguiente, considero totalmente injusto esa protesta de las mujeres que transforman la lengua sin conocimiento previo y exigen que no se les meta en el masculino genérico de "hombre", pero sí en "persona" o en "humanidad". El término "ser humano" no la aceptan por ser una palabra masculina, ¿tendríamos que decir "la sera humana"? Y si el hombre, por casualidad, se siente en la palabra "persona" invisibilizado, ¿habría que inventar la palabra "el persono"? Me dirán que podríamos utilizar la palabra "personaje", palabra andrógina de género explícito. Esta palabra tiene un doble sentido, según si lo utilizamos para hablar, por ejemplo, de los personajes de una obra de teatro y en los que se incluye tanto a mujeres como a hombres, **a pesar de ser masculina**, o cuando decimos: "es un personaje", expresión que puede ser peyorativa. Llamamos personajes a los componentes de una obra teatral, pero también utilizamos

esta palabra cuando una persona nos parece extravagante en el sentido positivo: “¡María es un buen personaje!”. También cuando alguien nos parece deplorable, decimos: “¡valiente personaje está hecho!”.

Es cierto que las violaciones siguen, y tal vez en aumento. También es cierto que en algunas profesiones se les da menos sueldo a las mujeres o que prefieren contratar a hombres. Como también es cierto que si yo, pequeña y nada erótica, me presento a una entrevista de trabajo junto con una rubia imponente, les aseguro que le van a dar el puesto a ella y no a mí. Del mismo modo son las mujeres selectivas a la hora de escoger a sus compañeros y en darle más importancia al hombre vistoso, de buena facha y guapetón, e incluso ha habido políticos que fueron elegidos, sobre todo, por su aspecto exterior. La raíz del problema radica en la cuestión hormonal de la humanidad que, desgraciadamente, todavía no ha sido educada para la igualdad de valores entre todos los seres humanos o las *seras humanas*.

Para solventar esa sociedad machista, ya el **Consejo Europeo** dictó en Estrasburgo una guía de recomendaciones para evitar el trato desigual, pero en todos los ámbitos. Uno de los principales puntos que se trataron fue:

-consentimiento sexual en el alumnado escolar adaptados a niños y niñas para evitar el lenguaje sexista y combatir el sexismo.

Yo hubiera preferido que se hubiera explicado a “las niñas” y a los “niños” que nuestra sociedad es un compendio de seres de muy diferentes formas, colores y naturalezas y que el aspecto exterior, su forma de hablar –o de no hablar porque también hay personas mudas en nuestra sociedad– su religión, etc. no los desvaloriza, sino que todos somos iguales.

En cuanto al lenguaje y, presionados por esos impulsos feministas, el Consejo Europeo exigió una revisión sistemática del lenguaje inclusivo en las leyes, promoviendo el desdoble en femenino y masculino o la utilización de **géneros neutros**, por ejemplo: ciudadanía, en vez de ciudadano-a; personal, en vez de empleados y empleadas, etc. para evitar prolijos. Esta nueva ley contribuyó a una libertad en el lenguaje, acabando con todas las reglas gramaticales y con todos los aspectos por los que se formó una lengua y originando un idioma que nadie va a poder dominar en su integridad porque cada individuo lo utiliza, según sus gustos. (En Alemania ya es prácticamente obligatorio diferenciar en público los géneros, utilizando las siguientes fórmulas: Bürger: Innen; Student: Innen, etc. Creo que se han olvidado de introducir Bürger: Innes, Student: Innes para los asexuados o para los bisexuales.)

Para mostrarles un par de aberraciones del lenguaje no sexista en español, les propongo las palabras: miembros y “miembras”. Capataz y “capataza”, portavoz y “portavoza”:

Capataz: Etim.: caput: cabeza. Sustantivo masculino y femenino. Es la **persona** que tiene función de custodiar, vigilar y a su vez de dirigir a cierto número o conjunto de

trabajadores por recomendación propia del patrón. Persona que está encargada de **administrar** y de labrar las haciendas rústicas.

Miembro: etim. Membrum: neutro. Sustantivo masculino porque en español no tenemos el neutro, sino palabras neutralizadas. Este término define a cada una de las extremidades que se articula directamente en el tronco, entre ellos está la pierna y el brazo, propio de la mayoría de los vertebrados y el humano. Fragmento o sección de un elemento separado en él. **Persona** que forma parte de una **colectividad**, corporación o comunidad.

Portavoz: palabra compuesta de porta (portar) y voz (m. y f.): **Persona** que está autorizada para hablar en nombre y representación de un grupo o de cualquier institución o entidad. Persona autorizada para comunicar a la opinión pública lo que piensan acerca de un asunto determinado las instituciones políticas o sus dirigentes.

En estas definiciones se emplea la palabra "persona" para aclarar el significado. Hasta ahora no hubo hombre "masculino" alguno que reivindicara sus derechos y exigiese que en vez de "persona" se utilizara la palabra, por ejemplo, "ser humano".

En cambio, las feministas sí que se decidieron en feminizar estos términos, algo que la RAE, con mucha razón, no admite. Sobre todo, referido a "portavoz". La palabra voz ya es femenina, con lo que tendríamos, como comentaba alguien en un Blog: ¿femenino al cuadrado?

Y, en cuanto a miembro y capataz, provienen de un sustantivo neutro de significado colectivo, ¿para qué pues cambiarlos?

Plurales masculinos

El otro problema son los plurales genéricos masculinos y sus artículos correspondientes. Por ejemplo, en la frase: *los hombres se diferencian de los animales en que andan a dos patas*. Ahí está la mujer invisibilizada, me dirán. ¿Podríamos también pensar que estamos invisibilizadas porque no nos diferenciamos de los animales?

Para comprender el absurdo de esta exigencia feminista, hay que tener en cuenta el concepto explicativo entre **significante y significado**, aplicado no solamente a los plurales, sino a todos los aspectos de la lengua. Por ejemplo, la palabra "casa". Si la decimos, incluimos en su significado un edificio con puertas y ventanas. Ni las puertas ni las ventanas están invisibilizadas, a pesar de no haberlas nombrado, sino dentro del concepto y no nos imaginamos un edificio sin ellas. E igualmente, si decimos: *llegué aquí hace tres días*, no invisibilizamos la noche porque el transcurso de un día a otro es irremediamente a través de la noche. Como vemos, se trata de cambiar una lengua sin razón poderosa, simplemente para visibilizar un objeto o ser

viviente –en este caso femenino– de forma violenta y exigente y destruyendo todas las estructuras gramaticales. A propósito: ¿se podrá utilizar el adjetivo “femenino” en masculino, como estoy haciendo ahora? ¿O acaso estoy ocultando la feminidad de la mujer con ello?

Las lenguas van cambiando de forma espontánea y al paso que cambian las actitudes sociales y no al contrario. Y estos cambios serán adaptados por las academias que aceptarán los léxicos más usados por los ciudadanos, pero cuando estos se han establecidos por el uso espontáneo y no forzado.

Además, hay que añadir que las mujeres no han tenido inconvenientes en aceptar vocablos puramente masculinos, como son **homenaje** –cuya raíz occitana define al ser humano masculino; **patria potestad**– proveniente de la palabra *pater*. Como tampoco han protestado los hombres por utilizar la palabra **matrimonio**, proveniente de *mater*.

En nuestra lengua se utiliza el masculino, igual si hay 99 mujeres y un solo hombre. Podríamos considerarlo como una tendencia machista histórica, no lo pongo en duda. Y en este caso podría admitirse un cambio gramatical por parte de la RAE. Pero, si nos decantamos por decir “vosotras” cuando haya una sola mujer y 99 hombres estaríamos excluyendo a los hombres. Para solucionar ese problema se decidió utilizar una “x” o una “@”, por ejemplo: *querixs amigxs* o *querid@s amig@s*. La RAE, por supuesto no lo ha aprobado, por ello ha habido algunos países que han introducido otra alternativa: *querides amigues*, una desfiguración extrema de nuestro idioma español.

Queridos lectores y, si queréis, pues también “queridas lectoras”, si el esperanto no tuvo éxito porque era un lenguaje artificial, ¿podemos pretender que este otro lenguaje artificial se imponga? ¿Podemos desprendernos de una cultura histórica solamente con cambiar una forma de hablar esforzadamente? Y, lo que es más importante. ¿nos va a llevar, de verdad, a solucionar los problemas que afectan a las mujeres? Y también lanzo otra pregunta: ¿tienen ciertamente las mujeres, hoy día, tantos problemas sociales como argumentan o es una especie de egocentrismo caprichoso? ¿Y es que no hay otra clase de seres en nuestra sociedad que tienen, incluso, más problemas que ellas?

El afán de feminizar todas las palabras se ha adentrado en la política. De hecho, a ese lenguaje “inclusivo” se le ha llamado “lenguaje políticamente correcto”. Encima de tener que soportar a esos “grandísimos políticos” que no gobiernan nuestros mundos como es debido y se dejan corromper por los magnates financieros, ahora queremos dejarle también la potestad del lenguaje. Y como la mujer ya está visibilizada o visualizada porque participa de todos los cargos oficiales, pues pueden feminizar todo un discurso. Por ejemplo:

La paciente era una estudianta adolescente, sufriente, representanta e independiente de las cantantas y también atacanta, y la velaron en la capilla ardienta.

Participios activos

¿Por qué serían todas estas palabras falsas? Porque en español existen los principios activos como derivados verbales, o sea, participios activos. Y el del verbo ser es “ente” que encierra una identidad en sí mismo. Por eso, cuando un sustantivo se deriva de una acción verbal, se le añade la terminación “ente”: de correr, corriente, de ejecutar, ejecutante, de cantar, cantante, y, por tanto, de estudiar: estudiante y de presidir, presidente. Estas dos últimas palabras ya no se utilizan así cuando se trata de mujeres, sino estudianta y presidenta. La RAE no ha admitido la voz “estudianta” y sí, en cambio “presidenta”, tal vez por la presión de las políticas feministas, mientras que las jóvenes -inmersas en las dificultades de sus estudios-, o no han luchado o no han ganado la batalla. Ambas serían gramaticalmente falsas porque no se ajustan a las reglas gramaticales de los principios activos. Es decir, si se busca un idioma en que se incluya la visibilidad de los dos sexos, ¿por qué razón se feminizan también las que terminan en “e” que valen para los dos géneros y que sería equivalente al invento de “queridos amigos”? ¿No es una paradoja caprichosa e inverosímil?

La sociolingüista Mercedes Bengoechea apela por el lenguaje “no sexista” dando la siguiente razón:

“Para las mujeres son necesarios como instrumento de afirmación del yo femenino y, para los hombres, como fórmula de reconocimiento de la alteridad, de la diferencia, sin fórmulas antisexistas. Las mujeres desaparecemos en la lengua y los hombres acaban olvidando nuestra existencia”.

Perdonen que me ría: si los hombres hubieran olvidado a las mujeres, ya no existiría la humanidad. Eso, por un lado. Por otro, si los hombres son una raza tan maligna, sexista y deplorable que nos ha anulado, incluso, a través del lenguaje: ¿para qué necesitamos que nos recuerden?

Acordémonos de lo que dice Shakespeare en Romeo y Julieta:

“Si otro título (nombre) damos a la rosa, con otro título dará su aroma”. Dicho de forma ordinaria: por mucho que llamemos a la mierda “deposición”, no por eso deja de apestar.

Yo llevo viviendo en Alemanias desde hace 40 años y la mayoría de las personas no dicen mi nombre como es, sino Ésthar. ¿Tendría que sentirme invisibilizada o discriminada por ello?

Pero volvamos a consultar en la RAE: Nuestra academia hace hincapié en que el masculino genérico encierra en sí el género femenino en todas las palabras referentes a seres animados, por. Ejemplo: “de noche todos los gatos son pardos”. (En este caso ignoramos, cómo pueden reaccionar las gatas). No obstante, y para aceptar el deseo

del lenguaje no sexista, hace propuestas evasivas que implican, en cambio, una **cosificación de las personas**, por ejemplo:

“Los pueblos nómadas se trasladan con sus **enseres** de un lado a otro”, en vez de: ... con sus mujeres y niñas y niños.

Díganme, por favor, qué preferirán: ¿estar incluido en el masculino genérico o estar cosificado?

Es indudable que es casi imposible evitar la cosificación, el prolijo o encontrar la fórmula “absolutamente correcta” para poder hallar una solución. Sobre todo, porque, como ya he mencionado, tampoco se admite el genérico en “e”, ya que lleva el artículo masculino “el”.

Expresividad

Las alternativas buscadas y rebuscadas son, pues, infinitas e interminables. Por ejemplo, cuando nos refiramos a un grupo de seres vivos que no son animales, se debe sustituir la palabra hombre por persona o por humanidad, como ya les comenté. Ambas palabras son femeninas. Si yo fuera hombre, también protestaría por no estar “visibilizado” en esa palabra. Y aquí entra, por supuesto, la expresividad del contenido del lenguaje. Para mí, personalmente, si me incluyen en la palabra “humanidad”, me siento como un átomo diminuto y anónimo. Si me incluyen en la palabra “persona”, me siento como un actor humano dentro de nuestra sociedad anónima. Si me incluyen en el masculino “el hombre”, me siento como un “yo” lleno de valores humanos e intelectuales. Porque, como siempre le dije a mis estudiantes, el lenguaje no es solo una estructura fija, sino un sentimiento con intenciones. Y aquí cabe perfectamente el refrán de que: “no ofende quien quiere sino quien puede”.

Palabras discriminatorias

A pesar de que junto a los masculinos genéricos tengamos dos palabras bien diferenciadas para llamar a las personas de género femenino y masculino, sin embargo, también en ellas hay, al parecer, sentido sexista. Por ello no se debe decir: el hombre y la mujer, sino el varón y la mujer. Contrapuestos que no corresponden, pues serían: mujer y hombre o hembra y varón. El lenguaje no sexista se decanta por la palabra varón, no sé por qué. Precisamente ya vimos que la traducción de la Biblia ya utiliza la palabra varón y...varona, como ser procedente del varón. Una buena prueba de la incultura y capricho de las personas.

Concretando, a la hora de hablar, conversar, de expresarnos, hemos de andar con mucho cuidado para no ofender a nadie. Ya desde hace tiempo se suprimieron

términos que eran sinónimos de discriminación y ofensa, por ejemplo, se prohibió llamarle a un africano de piel oscura “negro”, cosa que puedo entender porque los negros fueron esclavizados, mal vistos y asociados a trabajos duros. De ahí la expresión “trabaja como un negro”. E igualmente que no se les llama a los asiáticos amarillos ni a los demás blancos, como tampoco se utiliza ya la expresión “los pieles rojas”. La palabra raza se quitó del vocabulario en nuestras sociedades europeas porque era “racista”. Cuando yo era colegiala estudiábamos las diferentes razas que hay sobre la tierra, tanto de humanos como de animales sin intención ni sentimiento racista, pero por el mal comportamiento de unos pocos, se aplicó a la totalidad. He conocido a varios africanos de tez muy oscura y ellos mismos se llaman “negros”, pero, en fin, eso no nos está permitido a los “blancos”. La palabra raza se ha sustituido hoy día por la palabra “etnia” o grupo étnico, que etimológicamente significa lo mismo, pero el sentido se ha empaquetado en papel de plata. La discriminación de esos grupos étnicos no ha cesado por ello.

Del mismo modo hay que llamar a los homosexuales “homosexuales o gueis”, aunque no son ellos los que se apodan así. Entre ellos se denominan “maricones”, y según su aspecto exterior: osos, mariquitas, etc. También se ha cambiado varias veces el nombre de los discapacitados físicos y mentales, porque esto está también dentro del lenguaje políticamente correcto. Así pasó de minusválido, a disminuido, discapacitado y ahora se les llama “diversos funcionales”, una terminología difícil de entender, pues si yo estuviera en ese grupo no entendería por qué me llaman “diversa”, pero peor es llamarme funcional, palabra que se aplica a, por ejemplo, los muebles de una casa, esos que carecen de estilo o de belleza y que “simplemente sirven”. Por otro lado, siguen sin construir suficientes edificios con rampas o barreras libres. También en Alemania, hace unos años, se las pasaron cambiando la terminología de aquellos que no tenían trabajo, o no tenían casas. Fueron meses de polémicas y elucubraciones para encontrar una palabra “no discriminatoria ni ofensiva,” pero a cambio se les quitó una parte de la paga de parado para que no se tomaran ninguna cerveza ni se fumaran ningún cigarrillo porque, por ser parado, no se les concedía ese derecho.

A los componentes de un matrimonio no se les puede llamar marido y mujer, sino esposa y esposo o conyugues. Decirle mujer a una mujer, es obviamente ofensivo. Si las mujeres pretendemos ser libres, tendríamos que prescindir, en primer lugar, de los hombres, en segundo lugar, de cualquier terminología que nos comprometieran o nos encadenara. Pero, posiblemente, muchas feministas no saben que la palabra esposo viene del latín *sponsus* y del verbo *spondere* que significa: prometer solemnemente, comprometerse para toda la vida; y cónyugue, viene de “*cum*” y “*jugem*”, o sea: con yugo. ¿Será que las mujeres partidarias de este nuevo lenguaje quieren ser esclavas de sus cónyuges?

Ahora tampoco está permitido llamar a una joven “señorita” porque, por lo visto, es también peyorativo y discriminante...si a mí, con 20 años, me hubieran llamado señora, les aseguro que me hubiera entrado complejo de vieja. La razón que

dan es porque a los jóvenes no se les llama señoritos. Yo creo que no se les llama hoy día ya nada, solamente *don y doña* (una herencia histórica en la que a la mujer no solamente se la visibilizada por completo, sino que se la ensalzaba sin haber hecho méritos para ello y por estar casada con un hombre valioso, pues *don* era el título de haber terminado los estudios escolares superiores y las hembras no iban al colegio o no llegaban a ese nivel).

Y no sé cómo habrá sido en el resto de España o en Hispanoamérica, pero en Andalucía, una empleada del hogar –antes llamadas “muchachas” igual que anteriormente se utilizaba la palabra “menina”– llamaba al señor de la casa donde servía o estaba contratada: *señorito*, mientras que a la esposa de este la llamaba *señora*. Y nadie protestó. Por supuesto que, igual que ocurre con la palabra “personaje” que tiene varios significados, se puede utilizar la palabra “señorito” cuando se quiere criticar a un joven mimado, que solo quiere que lo sirvan y gozar de vida relajada, mientras que el llamar a una mujer “señorita” alude simplemente a su edad joven. Y aquí se incluye la intencionalidad del lenguaje.

Intención del lenguaje

Supongamos que vamos por la calle y pasa alguien con una perra preciosa. Exclamamos:

–¡Mira, qué perra!– y esto significa que alabamos la belleza de ese animal.

Ahora supongamos a una mujerzuela que coquetea con nuestro marido.

Decimos lo mismo:

–¡Mira, qué perra!– En este caso, queremos expresar: – ¡qué puta!

Igualmente, si el niño o la niña no quieren comer, la madre le dice: *hijo, come*. O le grita: *¡hijo, come!*

Creo que con estos ejemplos sobra la explicación de lo que la intención del lenguaje y su expresión al hablar influyen en el mensaje.

Con esas cosas podríamos llevarnos muchos meses hablando y discutiendo, escribiendo artículos y librotos pero creo que voy a ir terminando antes de que nos quiten la expresividad. Nos dicen que tenemos libertad de opinión y se defiende a los periodistas que son atacados por religiones fundamentalistas cuando hacen chistes de sus religiones o de sus políticos, pero al ciudadano de “a pie”, como nos llamaba mi madre, no se les permite la picaresca en el lenguaje ni el uso de masculinos genéricos, no se les permite comer carne ni fumar, solo se nos permite actuar como robots y, por favor, ¡olvidémonos de hacer chistes con el lenguaje, por si ofendemos a alguien!

Como mujer y habiendo tenido pésima suerte con dos maridos, podría haberme vuelto feminista, pero por encima de todo soy una defensora de los derechos humanos y por ello considero toda esta polémica también desde el punto de vista masculino que, por su parte, deja hacer y no se subleva. Por el contrario, he tenido que enfrentarme a feministas porque han actuado de forma irrespetuosa e incorrecta en contra de algún hombre en una determinada situación, y, lo que es peor, en contra de mujeres que iban arregladas femeninamente o que no participaban de sus ideas.

Pretendemos ser equitativos desdoblando nuestras personalidades individuales, precisamente en una sociedad que ha decidido globalizarse: todos los seres del planeta tienden a usar las mismas vestimentas en todos lados, a usar el idioma inglés como lengua común, a destrozarse las tradiciones que una vez nos identificaron, y las mujeres hace tiempo que eligieron los pantalones como ropa cotidiana. Aun así, hace años, se intentó implantar en Alemania un nuevo semáforo bajo la presión de las feministas y, en algunas ciudades, se implantó la representación de una niña con trencitas. Lo siento mucho, pero yo no me sentía así personalizada porque hace ya muchas decenas de años que dejé de peinarme con trenzas, pero sí que uso pantalones. Aparte, si proclamamos la igualdad, también podrían exigir los que van con muletas, los que van con andadores, los que van en silla de ruedas, los que son de sexo diverso o transexual, etc. que se los visibilice en los semáforos. Si queremos hacer justicia, habría que inventar un idioma totalmente nuevo e individual para cada uno y, al mismo tiempo, inventar nuevos objetos como semáforos, servicios públicos/baños, en los que esté representada toda la diversidad humana que enriquece nuestra sociedad. Y aun así quedarían motivos de protestas, pues hay palabras que no visibilizan a una gran parte de la población, por ejemplo: *Zona peatonal* (en alemán es igual: *Fußgängerzone*). Peatón o peatona son solamente las personas que van a pie. ¿Qué dirán los minusválidos físicos con una deficiencia en sus extremidades inferiores o que vayan en sillas de rueda? ¿Y los bebés que vayan en cochecito?

Yo no estoy especializada en lingüística, pero llevo toda la vida dedicada a la cultura, a la literatura y a la defensa de los derechos humanos. Y además de esa dedicación tengo una carga de experiencia humana: he trabajado con niñas y niños, con estudiantes, con adultos, con prostitutas y mujeres maltratadas, con personas sin trabajo y emigrantes y he podido vivir la trayectoria de transformación de una chica estudiante que se volvió chico. Y les puedo asegurar que los problemas que todos pudieran tener no provenían del lenguaje.

Mientras siga existiendo la profesión de prostituta, mientras haya mujeres que se expongan como objetos del deseo, ya sea porque van medio desnudas por la calle, o porque disfruten entregando su cuerpo a los “varones”, mientras siga habiendo hombres que violan a niños y a adultos, mientras haya sacerdotes que hagan lo mismo, mientras haya mujeres que maltraten psíquicamente a sus maridos privándolos de sus libertades y poniéndolos en ridículo, mientras los políticos sigan ignorando los problemas fundamentales de sus pueblos y dejando llevarse por la avaricia económica, mientras se siga explotando a los trabajadores de nuestros países y de otros, mientras

los escolares se sigan riendo del niño gordito o de la niña que no es buena en el deporte, no veremos soluciones a los problemas reales, mientras los homosexuales no tengan absolutamente los derechos de las demás personas heterosexuales, el cambio del lenguaje no sirve sino de tapuje de todos esos problemas.

La mujer ha demostrado estar visibilizada durante toda la existencia de la humanidad. Sin ella no habría habido sostenibilidad. En la época en que su papel era el de madre y señora del hogar, fueron muchas las alabanzas de los poetas, las menciones en la literatura, la repercusión de sus valores en nuestra sociedad. Cuando cambiaron su rol, comenzaron a destacar por todos lados y en todas las profesiones y todas aquellas que destacaron, no necesitaron cambiar el idioma: las reinas actuales, Angela Merkel en la política, Madame Curie en las ciencias, Emilia Pardo Bazán, etc. Y casi todas las mujeres de hoy día que llevan el peso de la vida globalizada, ejercen sus profesiones y son capaces de criar y educar a sus hijos.

Por eso creo que las que luchan tanto por esa visibilidad de sus “yo” son aquellas que quieren llegar a ser famosas sin haberse esforzado lo más mínimo y solo por el hecho de ser mujer. Ignoran la historia que ha desarrollado nuestras lenguas, ignoran las tradiciones que nos han hecho llegar a lo que somos e ignoran que hay en nuestras sociedades muchas otras personas con una mayor cantidad de problemas que las que ellas tienen. Así que no destruyamos nuestro idioma y su trayectoria histórica y empleemos las energías en conseguir una igualdad “correcta” entre todos los seres vivientes de este planeta.